

—Muy bien, señor Comisario, pues yo exijo que se les dé carne todos los días á los señores de tercera clase, y pagaré la diferencia pecuniaria que ustedes quieran; porque no puedo ver con indiferencia que mis compatriotas se quejen de hambre.

Al decir esto el Secretario, levantaba la voz y se dejaba entender que era presa de una viva exaltación.

—Hágame V. favor de calmarse, señor licenciado, interrumpió el Comisario, y óigame. La provisión á bordo viene arreglada conforme al reglamento del buque, y aun cuando no la traemos limitada, sino en abundancia relativa, como no sabemos si un temporal ú otra causa semejante nos obligará á navegar mayor tiempo del ordinario, incurriríamos el mayordomo y yo en grave responsabilidad, si dispusiéramos de la provisión fuera de los términos establecidos, infringiendo el reglamento. ¿Qué contestaríamos al Capitán y á ustedes, los de primera ó segunda clase, si por vender la carne para los de tercera llegase á faltar para ustedes mismos? Comprenda V. lo delicado de nuestra situación, y no exija cosas en que no es posible complacerle. Sin necesidad de que la Comisión dé un céntimo de aumento, veré al mayordomo y procuraré que se sirva un día más la carne á los de tercera; y haremos todo lo más que se pueda en obsequio de los mexicanos.

—Pero, señor, insistía el Secretario; ¿ignoraban ustedes que las personas que vendrían á bordo del "Bolivia" no serían emigrados que viajan por necesidad, sino romeros, que han emprendido el viaje bajo el ofrecimiento que una Compañía respetable les hizo de que disfrutarían de las mayores comodidades en la navegación?

—La exaltación, señor licenciado, no le permite á V. ver las cosas como son. Nosotros, los empleados del buque, nada teníamos que ver con los ofrecimientos que haya hecho la Compañía, á la cual servimos. Esta no nos dió órdenes especiales para reformar el servicio establecido, y no pudimos, por consiguiente, prepararnos para prestar en las clases inferiores una asistencia especial con las condiciones que V.

desea, con sobrada justicia. Háganosla á nosotros, y yo le ofrezco que procuraré, en cuanto pueda, mejorar la situación de los de tercera.

Cada uno de los interlocutores hablaba en razón. Cada uno tenía de su parte la justicia. Solamente la Compañía era responsable de las faltas que pudiera haber; pero la Compañía no tenía á bordo sino empleados asalariados, sin representación ni facultades para atender á las reclamaciones fundadas ó infundadas de los peregrinos. La Comisión organizadora, colocada entre unos y otros, no podía hacer más que presentar las quejas de los segundos y obtener lo que fuera posible de los primeros. En esta lucha constante vimos siempre empeñada á la Comisión, y no fué sin resultado, porque frecuentemente sus reclamaciones eran atendidas.

El día 19 principiamos á entrar en las corrientes del Golfo. La agitación ordinaria de las aguas en esas latitudes, y el fuerte viento que comenzó á soplar poco después de medio día, produjeron recios sacudimientos en la nave. Muchos de los que no habían experimentado los efectos del mareo, empezaron á sentirlos. El espanto se apoderó de la generalidad. A la hora de comer, las mesas estaban desiertas. Monseñor Lara y uno de los comisionados, acaso las únicas personas que no sentían el mareo, se consagraron á la asistencia de los enfermos: la señorita Castellero recorría los camarotes de las señoras ofreciéndolas y prestándolas importantes servicios. Redobláronse las preces en comunidad, implorando el auxilio divino. El Capitán y los empleados del buque se manifestaban tranquilos. Interpelados por nosotros, aseguraban que el tiempo era inmejorable y no había nada que temer.

El buque, sin embargo, continuaba dando tumbos y más de un pasajero fué bañado por las olas sobre cubierta. Monseñor Treviño, afianzado del brazo de Aguilar, atravesaba veinte veces al día con suma dificultad el espacio que media entre el salón de recreo y el de fumar.

—Tiránico es el reglamento del buque, decía Monseñor; obligar á uno á salir á cubierta para fumar un cigarro, que

tranquilamente podíamos chupar en la sala de recreo. Pagara yo con gusto diez duros, porque me permitiesen fumar en el interior del buque. Y balanceándose, asido de su compañero y afianzándose de las agarraderas de las parêdes llegaba al *Smoking room*. Allí estaban reunidos permanentemente muchos de los fumadores, mareados ó no; Joaquín Amézaga y los Aragón, el Dr. Esezarte, el Padre Camacho; el Lic. Ramiro de la Garza, el Lic. López Portillo, Pacesita Castellero y su sobrino Gonzalo. Allí se encerraba también el Sr. Obispo, á fumar, acompañado de su secretario el Padre Moreno. Una densa atmósfera de humo de tabaco se respiraba á toda hora en aquel cuarto, y era de maravillarse cómo los mareados, que no podían aspirar ningún olor, sin que les provocara náuseas, soportaban largas horas aquella atmósfera tan cargada de gases.

—Señores, decía Monseñor Treviño, entrando en el cuarto ¿qué tal está el tiempo?

—Malo, malísimo, Monseñor, decía el Padre Camacho, y ésto que ahora comienza. Adelante será peor.

—Pues como á mí me dejaran fumar libremente, poco me importaría que el tiempo siguiese malo, pero esto de tener que venir á este cuarto para poder entregarse á una ocupación tan inocente, se me hace insoportable.

—¿Cuántos días durará este temporal? preguntaba uno de los jóvenes Anzorena.

—Yo creo, decía Amézaga, que no ha de pasar del día de hoy.

—Yo entiendo, interrumpía Balverde, que no nos dejará en todo el camino y llegaremos con él á Gibraltar. En el estrecho será el sacudimiento más fuerte.

—En mala hora, decía López Portillo, consentimos en ponernos á bordo de este vapor, que como dice el Padre Stéfano, es una gran tortuga.

—Pues yo espero, terciaba Aguilar, que saliendo de las corrientes del Golfo, la mar estará tranquila.

—Así lo creo yo también, decía el Sr. Obispo, y en todo caso, si el viento sigue llevando la dirección que hasta ahora trae,

avanzaremos mucho, porque las velas ayudan poderosamente á la máquina. De todas maneras, con viento favorable ó adverso, señores, debemos estar tranquilos, porque Dios nos ha de ayudar y su protección nos salvará de todo peligro, y con ella hemos de llegar sanos y salvos al puerto y hemos de regresar á nuestra Patria felizmente.

—Así lo espero yo también, agregó otro de los presentes; pero, por lo que á mí toca, al regreso, por ningún motivo volveré á bordo de este buque. Por fortuna tiene uno el derecho de tomar cualquiera otro de los vapores de la Compañía, y á esta pertenece el "City of Rome," uno de los buques más hermosos y ligeros del mundo. Yo no sé por qué estos buenos señores de la Comisión no contrataron esa nave en lugar de este viejo "Bolivia," en que tantas penas venimos pasando.

—Es necesario ser justos, señores míos, y no hacer reproches indebidos á la Comisión, dijo un peregrino. ¿Conocen ustedes la capacidad del City of Rome? Probablemente no. Pues deben saber que puede contener más de quinientos pasajeros de 1ª y 2ª clase; que tiene capacidad para muchos centenares de 3ª; que gasta mucho carbón, y solamente hace la travesía de Nueva York á Liverpool, por ser la más corta y la más frecuentada. Ese vapor no era posible conseguirlo como especial por esta ruta que traemos nosotros, y aun cuando hubiese sido posible obtenerlo, no se habría arreglado el pasaje ni por el doble del precio que hemos pagado nosotros.

—¿Y por qué escogieron esta ruta, pudiendo haber tomado aquella? preguntó otro peregrino.

—La razón está á la vista, contestó el interrogado; porque un grupo de ciento y tantas personas no acostumbradas á caminar, y en su mayor parte ignorantes de los idiomas extranjeros, no debía ser expuesto á los inconvenientes que resultarían de una larga travesía por ferro-carril en diversas líneas y sufriendo frecuentes trasbordes. Con mucho acierto eligió la Comisión esta ruta directa á Italia, que es la que ofrecía menor número de inconvenientes, y además es la

más barata, como lo comprende cualquiera que se tome el trabajo de consultar las guías y los itinerarios de Europa.

—¿Cómo, pues, consiguió la Comisión que el regreso pueda hacerse por cualquiera de las líneas de vapores de la Compañía, sin aumento de precios? replicó el interlocutor.

—Bien se explica esto, siendo la travesía por tierra de cuenta del pasajero, contestó el interpelado. Se comprende bien esta combinación y sus ventajas para individuos particulares, que después de haber acompañado á la Peregrinación hasta Roma, quisieren hacer un paseo por Europa; pero de ninguna manera podía ser aceptable para la generalidad, que no traemos otro designio que visitar al Santo Padre, y regresar á nuestra Patria, por donde venimos.

—Señores, interrumpió Aguilar y Ortiz. Inútiles son todas estas discusiones. El viaje se anunció por la ruta que traemos. Hasta Nueva-York, hemos venido muy contentos y satisfechos. Desde que estamos á bordo nos hallamos contrariados. Es que no tenemos la costumbre de navegar como la tenemos de caminar en ferro-carril. En cualquier buque en que hubiéramos venido habríamos estado disgustados, porque este condenado movimiento, como quien dice, no es para caminar alegres. Así pues, no hay más que pecho al agua, y adelante.

Aguilar había acertado con la solución de todo un problema.

La discusión se dió por terminada en esa ocasión.

El día siguiente por la tarde el viento se calmó. Los ánimos se tranquilizaron, y con excepción del Sr. Abarca, del Padre Icaza y de unas tres ó cuatro señoras, entre las cuales merece mencionarse Soledad Robles, que en toda la navegación no alzó cabeza, fueron saliendo de sus camarotes y comenzaron á darse á luz.

Así pasaron los días 21 y 22. El 23 amaneció un día hermosísimo. La mar estaba verdaderamente sosegada. Los peregrinos llenaban la cubierta del buque alegres y contentos. El Comisario de la embarcación propuso un juego que se usa á bordo entre los ingleses y se llama *Shuffle board*. Es una es-

pecie de boliche en que se emplean en lugar de globos unas tablas circulares de madera que se arrojan por medio de unos palos á propósito. Monseñor Treviño fué de los primeros en tomar el palo y principiar sus golpes con notable acierto. Buena parte del día se gastó en tan honesto entretenimiento.

En medio de la monotonía de la navegación, cualquiera cosa que tiene el menor carácter de novedad es un acontecimiento y merece los honores de la crónica. El Martes 24 de Abril registra la de la Peregrinación tres hechos que mucho llamaron la atención de los viajeros. Presentáronse á la vista una multitud de peces llamados saltadores, que al ir surcando las aguas saltan fuera de la superficie, describiendo en el aire una curva del radio suficiente para descubrir todo su cuerpo. Innumerables de estos peces desfilaron delante del "Bolivia," dejando admirados á los pasajeros. Era la primera vez que asomaban á la superficie algunos de los millones de vivientes que encierra el Atlántico, según cuenta la historia. Otro acontecimiento notable registra la crónica del día. Algún pasajero acertó á ver á considerable distancia un objeto que flotaba al parecer sobre las olas. La noticia fué transmitida como por encanto á todos los excursionistas. Pronto la cubierta se llenó de observadores que dirigían sus gemelos al lugar por donde se había descubierto aquel extraño objeto.

—Es un pequeño bote, decía uno.

—Es un pez, afirmaba el otro.

—Será algún despojo del naufragio de un buque, observaba un tercero.

—En confirmación de esta opinión, repuso Amézaga, allá adelante se ve otro objeto flotando.

Así era, en efecto, que á la distancia aparente de cinco ó seis kilómetros, se veía sobrenadar algo parecido á una pequeña barca.

En esto apareció sobre cubierta el intérprete. Todos se dirigieron á él preguntándole qué objetos serían aquellos. Una respuesta satisfactoria, concebida en pocas palabras, vino á satisfacer la curiosidad general.

—Es el cable submarino, dijo con aire de autoridad el intérprete.

—¡El cable submarino! repitieron todos entusiasmados.

—¿Qué noticia de nuestra patria estará transmitiendo ese cable? observó un peregrino.

—¿Quién pudiera comunicarse con él y mandar noticias nuestras á México y recibirlas de nuestras familias! dijo otro.

Y todas las miradas estuvieron fijas en las boyas del cable hasta que se perdieron de vista.

No fué menos agradable suceso la aparición de un buque de mucho menor tamaño que el nuestro, que descubrimos delante de nosotros en la misma dirección que llevábamos. Pronto le dimos alcance y pasamos cerca de él, dejándole atrás hasta desaparecer de nuestra vista en menos de dos horas.

—No marcha con tan poca celeridad nuestro "Bolivia," hizo observar el Padre Ortega. En poco tiempo hemos avanzado y dejado muy atrás á ese vapor, que si va á Nápoles, sabe Dios cuántos días llegará después que nosotros.

El Padre Stéfano nada objetó á esta observación.

El Miércoles 25 el mar volvió nuevamente á su agitación ordinaria. El viento soplabá con fuerza y la mayor parte de los viajeros cayeron de nuevo en la cama. No fué posible salir á cubierta con la Letanía, como estaba ordenado. Se cantó en la sala de recreo. Desde ese día hasta el 28, el movimiento del buque de día y de noche fué bastante irregular. La gente se hallaba sumida en el más profundo abatimiento. El comedor recibía muy pocas personas á la hora de comer. El salón de recreo, convertido en sala de enfermería, presentaba un aspecto tristísimo. La señora de Salazar y la de López Portilla, acostadas en los sofaes, acompañadas de sus respectivos consortes, sentados cerca de ellas. El Sr. Cura Icaza, tendido en otro sofá; el Sr. Cura Moreno, recostado en el ángulo que formaban dos asientos en un extremo de la sala. La simpática Sra. del Hoyo, acostada también, vigilando desde allí á su hijito, de dos años, que corría por el salón; de cuando en cuando llamaba con voz doliente á su marido que se había

retirado al salón de fumar. Este encerraba un grupo de fumadores que no acertaban á decirse una palabra. Recostados unos, sentados otros, en pie algunos, teniéndose de las paredes; todos tristes y desalentados.

En los camarotes de primera yacían como sepultadas multitud de personas. El Sr. Ibarra no había salido en tres días; una de las señoras de Chihuahua y las de Aguascalientes no ponían un pie en el comedor; el padre García, el de León, se encargaba de alimentarlas con chocolate, del cual afortunadamente llevaban él y ellas una buena y abundante provisión: á toda hora del día encontrábamos á este caritativo sacerdote con su caldereta en la mano en disposición de hacer ó de llevar chocolate á sus enfermas. Después de las horas de comer, el Dr. Lara, Pacesita Castellero y algún otro peregrino recorrían el salón de recreo y los camarotes, llevando alimento á los mareados. Al doctor Cardona le faltaba tiempo para visitar enfermos y suministrarles sus medicinas dosimétricas.

En los departamentos de 2ª y 3ª continuaban las escenas desgarradoras. El Padre Arriola no se movía de la cama, y su principal alimento era la esperanza de salir algún día de aquella prisión. El señor cura Soto, rodeado de sus feligreses, llevaba resignado su situación, de la cual sin embargo, no hacía ningún esfuerzo por salir. Otras muchas personas se lamentaban tristemente de sus padecimientos. D. Manuel Coeto, pálido, desencajado, subía á la cubierta para respirar el aire libre, siguiendo las indicaciones del médico. Un día se lo encontró el Secretario de la Comisión en una de sus frecuentes visitas.

—¿Qué le pasa, D. Manuelito? le dijo cariñosamente, poniéndole la mano sobre el hombro.

—Qué me ha de pasar, señor, me estoy muriendo, y es de pura debilidad; contestó con acento de moribundo.

—¿Por qué no come, hijo?

—¿Ay, padrecito! no es posible comer estos alimentos. Lo que yo apetezco es caldo, y éste no lo dan.

—¿Por qué no lo pide? El Comisario ha ordenado que á

los enfermos que necesiten alimentos especiales, se les suministren.

—Pues á mí no me lo han dado.

—No sé cómo será eso, porque á las personas para quienes yo lo he pedido, estoy informado de que se les sirve. Ahora mismo hablaré al intérprete, y verá como se lo traen.

—¡Ojalá, licenciadito! ha de hacerme mucho bien. ¿No me ha visto V. *por ahí* á mi hijo Enrique?

—Le acabo de dejar en el salón de música tocando en el piano.

El Secretario se despidió de Coeto y á pocos pasos tropezó con el intérprete.

—Buenos días, señor presidente, se apresuró á decirle; yo mismo les llevé el caldo á los padres para quienes me lo encargó V.

—¿Para qué padres?

—Para el padre dominico y para aquel anciano cura á quien tanto me ha recomendado V.

—Ah, sí, el de Jilotepec. Pues ahora le hago la misma recomendación para D. Manuel Coeto. Mande que le lleven una taza de caldo inmediatamente.

—Voy á llevársela yo mismo.

—Gracias, Galano. Trátame con cariño á todos mis enfermos. Y el Secretario pasó su mano por la cabeza del intérprete, acariciándole.

—Ya sabe Vd., señor presidente, que yo estoy dispuesto á servir de buena voluntad á los mexicanos.

No era caldo lo que hacía falta á los pobres mareados, sino apetito. Por la tarde, cuando el Secretario volvió á los departamentos de proa, se dirigió al camarote de Coeto.

—¿Qué tal se siente Vd., Manuelito? le dijo, ¿cómo le fué con el alimento?

—¡Ay padre de mi alma! Me lo trajo luego el intérprete; pero no pude pasarlo. Estaba tan feo.....

El pobre Coeto apetecía un caldo como el que su señora le sirve cuando está enfermo, y probablemente si ella se lo

hubiera preparado, tampoco habría podido pasarlo. El movimiento del buque era la causa de todos aquellos males.

Una sola persona en 3ª clase, aparecía revestida de calma y serenidad; el impassible y ejemplar D. Vicente Palacios, ocupado constantemente en escribir sus correspondencias para "El Tiempo."

Habíamos olvidado al Sr. Abarca, que hacía tiempo no salía de su camarote. Sepultado en el lecho recibió la visita de uno de sus compañeros que llegó á saludarle.

—Buenos días, señor Canónigo, dijo el recién venido, ¿cómo se siente Vd.?

—Malo, perdido, contestó con voz débil y apagada el Sr. Abarca. Esta situación se me hace ya insoportable. Diez días ha que me vengo hundiendo en un abismo, cuyo fondo todavía no puedo tocar. Siento que las fuerzas me faltan; que se me acaba la vida. Hasta me he dado por muerto. Anoche he estado presenciando mis funerales á bordo, y he oído distintamente una discusión que tenía Vd. con el Capitán sobre que no se arrojase mi cadáver al mar. ¡Gracias, amigo mío, por tan buenos oficios!

Una ruidosa carcajada del visitante interrumpió al enfermo, quien incorporándose en el lecho, prosiguió:

—Sí, amigo mío, lo que acabo de referir á Vd. es la verdad, es lo que he sentido y he creído oír.

—Cómo está exaltada esa imaginación, señor Canónigo. Mucho me duele ver á Vd. en ese lamentable estado, al que ha dado lugar menos que el movimiento del buque, la falta de fuerza de voluntad de parte de Vd. para sobreponerse á la situación. Si se hiciese un buen ánimo, si saliera á la cubierta á recibir el aire libre, si se procurase distracción conversando con los amigos, no estaría sufriendo lo que sufre. Sus padecimientos son puramente morales.

—Acaso tenga Vd. razón, amigo mío; pero no me ha sido posible hasta ahora seguir sus consejos. Le propongo la enmienda para lo sucesivo.

El interlocutor promovió una larga conversación, sobre Michoacán, especialmente sobre Morelia, sus hombres y sus

cosas. El enfermo sostuvo la conversación, dando á cada paso claras muestras de mejoría.

Una hora después, se retiraba el visitante, oyendo de los labios del Canónigo Abarca estas consoladoras palabras.

—Me ha hecho Vd. mucho bien, amigo mío. Su conversación me ha vuelto á la vida.

Esa misma tarde celebrábase en la cubierta la inesperada aparición del Sr. Abarca, á quien hacía doce días nadie había visto fuera de su camarote.

Llegó el día 29. Era Domingo. Monseñor Lara reunió en la sala de música á los que estaban en pie, y tomando el libro de devociones, invitó á los presentes á rezar las oraciones de la Misa para unirse en espíritu con los fieles que en esos momentos estuviesen asistiendo en nuestras iglesias al Santo Sacrificio.

En lo restante del día el viento disminuyó; los enfermos comenzaron á salir. El contento asomaba en muchos semblantes. Las impresiones del día estaban condensadas en pocos renglones en el libro de memorias de un peregrino. Decían así:

“Ha mejorado el tiempo.—¡La tierra se acerca!”

“Ha venido un halcón á posarse en el palo mesana.”

“El desaliento disminuye.—Hay muchas caras alegres.”

Así estaba pasando efectivamente. Cuando el halcón apareció como por encanto á bordo del “Bolivia,” muchos de los excursionistas habían salido á verle como animal raro, que en esas circunstancias lo era en realidad.

Anzorena el menor, con cierta gracia peculiar de su carácter, decía:

—Si yo tuviera la ciencia del señor cura Sotomayor, buscaría en la etimología de la palabra *halcón* una fórmula para predecir lo que debemos esperar ó temer de la visita de este nuevo peregrino.

Amézaga, cuyo buen discurso y contundente lógica hacía que sus opiniones fuesen aceptadas por la generalidad, agregó en tono serio.

—Sin recurrir en esta vez á las etimologías, de las cuales

hemos visto sacar tan admirables conclusiones, á nuestro querido compañero el Sr. Sotomayor, yo fundaría el pronóstico de que la tierra se acerca. El halcón es ave que no vuela demasiado; tampoco es ave marina; luego viniendo de tierra, no debemos tenerla muy lejos.

La mayor parte de los presentes convino en que Amézaga tenía razón. Pero Monseñor Treviño hizo una observación desconsoladora.

—Y si el halcón venía á bordo de otra nave que no esté distante de nosotros y se ha pasado á la nuestra ¿qué fundamento tiene la opinión emitida?

—Es verdad, Monseñor, contestó Amézaga; pero si de aquí á mañana no descubrimos ningún otro buque, tendremos que descubrir tierra.

—Es lógico suponerlo, mi señor, dijo el padre Treviño, y de todas maneras este animalito se nos presenta como ave de buen agüero, y su presencia debe llenarnos de consuelo. Cuiden de que no se vaya, no se alejen con él nuestras esperanzas.

En la noche de este día las tertulias en la *sala* y en el *smoking room* estuvieron muy animadas. El padre Moreno tocó en el piano las mejores piezas de su repertorio; el Dr. Stéfano obtuvo de las señoritas López Portillo, que tocara una y cantara la otra. El padre Icaza, en un momento de entusiasmo, se levantó de la banca en que estaba acostado hacía diez días y organizando un coro de hombres y señoras, dirigió el canto del Himno Nacional, cuyas melodías atrajeron á los del *smoking* á la sala, y era de ver cómo todos acampañaban este himno y algunas otras piezas que propuso el Lic. López Portillo.

Amaneció el 30 de Abril. El tiempo estaba hermoso; la mar tranquila. Los peregrinos desde muy temprano salieron á la cubierta. Todos los ánimos sentíanse dispuestos á la alegría. De repente una voz se hizo oír por todas partes y fué escuchada con general contento. Esa voz era la de Amézaga. Acababa de hablar con el capitán y éste en buen inglés le había asegurado que al día siguiente veríamos tierra. Amé-

zaga no cabiendo en sí de contento recorrió los grupos, diciendo:

—¡Señores: mañana veremos tierra! Y esta mágica voz se propagó por todo el buque, y llegó á las bancas del salón y á los sepulcros de los camarotes, y la oyó el padre Icaza, y la oyó el Sr. Abarca, y la oyeron las señoras de Aguascalientes y las de Chihuahua, y no sé cuántas otras y cuántos otros que yacían horizontalmente de tiempo atrás; y el padre Icaza dejó su banca, y el padre Abarca salió de la sepultura y las señoras sosteniendo unas á las otras echaron á andar y subieron la escalera, y aparecieron sobre cubierta. Los más entusiastas hurras las recibieron: el *smoking* no pudo contener la gente; la cubierta apenas bastaba para dar paso á los peregrinos, quienes iban y venían por todos lados, tratando de averiguar por qué rumbo debía verse la tierra.

El intérprete Galano, rodeado de un grupo numeroso, daba clase de Geografía y de Náutica, determinando los rumbos, fijando las distancias y hasta precisando la hora en que deberíamos ver la tierra.

—¿Y qué será lo primero que hemos de ver? preguntaba uno.

—El cabo de San Vicente, respondía el intérprete.

—¿Pero cómo en tierra de moros han dado nombre de santo á ese cabo? decía un sacerdote.

—Es que no será tierra de moros sino de cristianos la que veremos primero.

—Pues yo sabía que frente al estrecho de Gibraltar está el África, y que es tierra de moros.

—Frente á Gibraltar está el mar que vamos surcando. Gibraltar, decía el intérprete, es un estrecho que se forma con las costas de África y las de Europa, y tenemos que descubrir antes estas últimas. El cabo de San Vicente pertenece á Portugal.

—¿Y Portugal, preguntaba una señora, está en Europa?

—Cabalmente, respondía el intérprete.

Con la alegría, hasta la devoción vino á ser más fervorosa. El señor Obispo propuso que se practicara en este día el

ejercicio preparatorio del Mes de María que debía principiar el siguiente. Todos aplaudieron la proposición. El Padre Velázquez y el Padre Frías y el Padre Stéfano y el Padre Magaña, con el Padre Icaza, y acompañados de las Sritas. Manrique de Lara y Nieva, organizaron el coro, y fueron inmediatamente á ensayar los cantos y los acompañamientos en el órgano.

Por la tarde, á las cinco, bajo la dirección del Dr. Lara, reunidos los peregrinos en la sala de Música, se verificó el devoto ejercicio. El señor Obispo predicó el sermón después del Rosario. Terminó la distribución con la Letanía Lauretana y otras alabanzas á María, cantadas por los circunstantes.

Un incidente, digno de mencionarse, registraron los libros de memorias en la tarde de ese día. Rumbo al Sur se presentó á la vista un bajel de grandes dimensiones. Acercándonos á él, se vió que era una fragata de guerra. Antes de que pudiera ser conocida la calidad y categoría del buque, el Capitán dió orden de que se izaran unas banderas que en el lenguaje convencional marítimo, quiere decir, según se nos informó:

—“¿Quiénes son ustedes?”

La arrogante fragata no creyó que debía abajarse á contestar á la pregunta, y á su vez hizo unas señales que Amé- zaga interpretó, con su habitual gracia, en estos términos:

—“¿Qué les importa? ¿Y ustedes, quiénes son? Me lo dicen, ó les envió una rociada de metralla.”

Serían las mismas ó equivalentes frases las que telegrafió la fragata, pero el hecho fué que el Capitán del “Bolivia” dió órdenes, que inmediatamente fueron ejecutadas, para colocar una multitud de banderas en distintos palos, que daban á entender la nacionalidad inglesa de nuestro vapor, la Compañía propietaria, el rumbo de donde veníamos y la nación adonde nos dirigíamos. La fragata entonces enarboló á la popa su pabellón inglés, como diciendo:

—“Buenos días, compatriotas. ¿Podemos servirles en algo?”

—“Gracias, contestó el “Bolivia.” Buen viaje.”

Y pronto se alejó una de la otra embarcación.

Decididamente aquel día era de gratas impresiones. No se había aún perdido de vista la fragata inglesa, cuando una persona gritó con toda la fuerza de sus pulmones, señalando hacia el Norte:

—¡Una ballena!

Toda la gente se agrupó al derredor del que había hecho tan importante descubrimiento.

—¿Por dónde está? preguntaba uno.

—Yo no veo nada, decía otro.

—Ya le vi la cola, exclamó un tercero.

—Yo percibo algo que ha de ser la cabeza, decía una señora.

El hecho era que no se veía ni la cabeza ni la cola. El signo de la presencia de la ballena cerca de la superficie de las aguas, era un gran chorro saltante que se veía salir como un enorme surtidor de entre las olas del mar. Advertidos los navegantes del fenómeno, ya no hubo persona que no le hubiera observado á todo su sabor, hasta que el gran cetáceo desapareció hundiéndose en la profundidad del Océano.

—Ya se metió en el agua, exclamaba el padre Zúñiga: ¡si se vendrá en la dirección de nuestro vapor y lo hará zozobrar! Yo he oído decir que son muy peligrosos estos encuentros.

—No tengan ustedes cuidado, dijo el Comisario; lo que teme el señor Cura no pasa nunca con los vapores. La agitación constante del agua por la hélice, no permite que se les acerquen los peces. Además, muy grande había de ser la ballena que tuviera la fuerza necesaria para hacer zozobrar al "Bolivia."

CAPÍTULO OCTAVO

¡Tierra!—El Cabo de San Vicente.—El Estrecho.—Algeciras.—Tarifa.—Guzmán el Bueno y D. Nicolás Bravo.—Tánger.—Ceuta.—Carteia.—San Roque.—Gibraltar.—Primeras impresiones.—El "Liguria."—Impresiones religiosas.—El "Bolivia" echa anclas.

EL Sol de Mayo apareció al día siguiente, hermoso y radiante, reflejándose, como en un espejo en las tranquilas aguas. Casi todos los navegantes, habían levantándose muy de madrugada, para saludar al astro rey; con la esperanza de que á sus primeros destellos se descubriese la tierra tan apetecida. Nada se veía, sin embargo, en el horizonte.

A las ocho de la mañana, estando reunidos la mayor parte de los viajeros sobre cubierta, el intérprete dió el feliz anuncio de ¡Tierra!

—¡Tierra! repitieron cien voces, sin haberla visto. Acudieron á los gemelos, y minutos después, todos veíamos distintamente las primeras cordilleras de las costas de Portugal. La emoción que embargó todos los ánimos, se hizo bien perceptible. La alegría se retrató en los semblantes.

A las diez y media doblábamos el Cabo de San Vicente. Sobre la montaña que está situada en un extremo del Cabo, distinguimos un edificio muy parecido á nuestros antiguos conventos de religiosos.

—¿Qué edificio es ese? preguntó el Padre Frías.

—Es el convento de los dominicanos de San Vicente, contestó el intérprete.